**Domingo 10 de diciembre de 2017. 2º de Adviento: Marcos 1,1-8.**

***“Así y aquí empieza el Evangelio de Jesús”.* Te lo digo y lo escribo CONTIGO.**

Para que nos enteremos bien qué es el Evangelio de Marcos, según la pedagogía de la fe de la Iglesia del Catecismo y de los Dogmas, tuvimos que escuchar la lectura de los últimos versículos del capítulo decimotercero de este relato. ¡Qué inmenso sinsentido literario!

Y hecho esto, nos debemos leer o escuchar o meditar los ocho primeros versículos del capítulo primero. Es decir, la narración que nos dejó escrita María Magdalena hay que olvidarla, porque lo que importa a las gentes de la misa vaticana es su Adviento, el segundo domingo del Adviento, la segunda vela de una corona que se llama Juan el Bautista (Marcos 1,1-8).

*“Apareció Juan en el desierto. Proclamaba un bautismo para el perdón de los pecados. Y acudían a él gentes de toda la región de Judea y de la ciudad de Jerusalén”* (1,4-5). La buena noticia que es el Evangelio de Jesús de Nazaret comienza con Juan el Bautista. Según este primer Evangelio, el de Marcos, nada sabemos de la biografía e identidad de esta persona.

Pero este relato nos dice su primera y principal tarea: **bautiza para perdonar pecados**. En aquellas épocas y tierras de Israel, el pecado de las personas y su perdón era un asunto de primera necesidad. Cualquier cuestión que se pueda uno imaginar estaba presidida o condicionada por el pecado. Por ejemplo: nace un bebé y, por haber derramamiento de san-gre, hay también pecado que sólo se perdonará si se ofrece un sacrificio al dios del Templo.

En cambio, hay un hombre que se atreve a perdonar estos y todos los pecados sin que el pecador presente ningún sacrificio. Juan perdona pecados con la misma autoridad y validez con la que los perdonan los sacerdotes en el templo de Jerusalén. Este Juan el Bautista se atreve a vivir y a actuar sin necesitar en ningún momento ni la presencia ni el servicio del templo de Jerusalén y de sus sacerdotes.

¿Puede alguien imaginar que hoy exista algún creyente en Jesús de Nazaret que pueda prescindir de la presencia y el servicio de la iglesia y de sus sacerdotes? ¿Qué iba a suceder con sus sacramentos, especialmente con la reconciliación o penitencia y con la santa misa o eucaristía? Más de un entendido en teología, dogmática y pastoral, diría bien alto que sin sacerdocio no existirían tales sacramentos y no podría haber, pues, experiencia cristiana, ni comunidad cristiana, ni religión cristiana, ni presencia cristiana… Sería el reinado de la herejía.

Un reinado así, el de la herejía blasfema, es el que comenzó a sembrar aquel Juan Bautista en su tiempo y con su bautismo en el Jordán, lejos del templo y de sus sacerdotes. Por hacer esto, aquel templo, con su dios y sus ministros sacerdotes, decidieron en su momento acabar con la voz, las manos y la vida de aquel liberador del miedo, del pecado y de la ley (Marcos 6,14-29).

Este Juan Bautista acabó silenciado, pero su voz, sus manos y su vida permanecieron en sus sucesores y, de manera muy especial y definitiva (Marcos 11,27 a 12,12), en Jesús de Nazaret que fue a bautizarse con él, a aprender de él, a liberar como él, a humanizar como él, a perdonar como él… Para entenderse con Jesús de Nazaret… ¡hay que comprender a este Juan!

***Domingo 2º de Lucas (10 de diciembre de 2017): Lucas 1,5-25***

***“El reinado de Dios está dentro… de ti y de mí” (Lucas 17,21)***

Creo que después de haber leído el comienzo de este Evangelio puedo decirte, lector y ahora mismo, ‘querido ilustre amigo… Teófilo… o Teófila’. Nuestro testigo común a quien llamamos Lucas, el del toro, comienza el relato de su Jesús de Nazaret hablándonos del templo de Jerusalén: *“Le tocó* [al sacerdote Zacarías] *entrar en el templo para quemar el incienso*” (1,9).

Parece querer decirnos este Evangelista que sin esta presencia del templo no nos haríamos buena idea o imagen del galileo. Es más, Teófilo. Ya estamos en el templo y todavía ni ha nacido Jesús. Y la infancia de este niño acabará también en este mismo templo, como escribe Lucas en 2,41-52: *“Al cabo de tres días le* [a Jesús] *encontraron* [sus padres] *en el templo”.*

La primera persona importante en la infancia de Jesús de Nazaret, protagonista del Evangelio según san Lucas, es un anciano sacerdote llamado Zacarías a quien le persigue como una maldición el deseo de ser padre. En tantos años de matrimonio con su esposa Isabel no han conseguido ser padres *“porque Isabel era estéril, y los dos de edad avanzada”* (1,7).

Zacarías e Isabel, se apresura a decirnos el Evangelista, *“eran justos ante Dios y caminaban sin tacha en todos los mandamientos y preceptos de Dios”* (Lucas 1,6). Frente a esta situación y ante las muy comprensibles razones de la esterilidad y de la edad, se extendía entre las gentes del templo, de Jerusalén y del pueblo la certeza de la mancha del pecado: Un matrimonio según la Ley de Moisés era imposible que no tuviera descendencia. Lisa y llanamente, este Zacarías era considerado como un pecador, un maldecido por Dios.

¿Se puede entender de otra manera el mensaje que grita al mundo el mudo Zacarías cuando contempla a su esposa Isabel embarazada?: *“Esto es lo que Dios ha hecho por mí en los días en que se dignó quitar mi oprobio entre los hombres”* (1, 25). Este hecho sucede, según la precisión de Lucas, al quinto mes de haber regresado Zacarías desde Jerusalén y desde su servicio en el templo a su casa familiar.

Al sexto mes del embarazo de Isabel sucede un nuevo anuncio en el relato del Evangelista. Y el anuncio primero, que se le hizo al viejo sacerdote Zacarías en el templo, y el anuncio segundo, que se le hace a la joven mujer María en su casita del pueblo de Nazaret, lo realiza un tal Gabriel, el ángel de la pasada historia del pueblo de Israel que ya le anuncio a otro tal Daniel que la historia de opresión de su pueblo se tornaría en historia de liberación.

Se comprenderá mejor el relato de los anuncios que nos dejó Lucas si antes nos leemos el relato de Daniel 9, llamado también ‘la profecía de las setenta semanas’. Cuando todo parece que está definitivamente perdido, surge una pequeña luz que enciende de luces la noche.

Cuando todo parece imposible ante el poder opresor, la débil fuerza de una madre con su niño hace posible la liberación que libera. Cuando murió enmudecida la buena noticia del laico y galileo Jesús de Nazaret, se despiertan las voces de sus testigos amigos que re-conocen dentro de sus entrañas la presencia de su voz, de su reinado, de su evangelio y de su persona viva.